

# EL HOMBRE, ACTOR HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO

*Simplicius*

Cuando los hombres de nuestra generación fuimos a la escuela a recibir los primeros conocimientos ajenos al pequeño universo familiar, la Historia —escrita con mayúscula— era algo así como la hijastra de la educación; su estudio se limitaba a aprender tediosamente de memoria los nombres de personajes, lugares, fechas y acontecimientos elegidos al azar, separados en compartimientos estancos mal llamados "eras o edades históricas".

Pocos fueron los maestros lo bastante sagaces para liberar a la historia de este viejo lastre y para inspirar en nosotros entusiasmo por ella.

La Historia era una asignatura árida, sin relación alguna con los problemas de espacio y tiempo, vitales para nuestra existencia futura.

Nos educaron mal.

En un mundo cada vez menor por el dramático progreso de la ciencia y de las comunicaciones, conmovido hasta sus raíces por los cambios sociales y políticos, nuestras concepciones históricas en relación al hombre, al espacio y al tiempo, han continuado siendo estáticas.

Lo que hay de trágico en esta manera de pensar, y también de actuar, es que tantos estadistas, hombres de armas, historiadores, científicos políticos y civiles connotados de muchas naciones están de acuerdo en ignorar las enseñanzas legadas por nuestros antepasados, qué constituyen el espíritu y el cuerpo de la historia.

Todos los días, algunos hombres comunes y corrientes, como también algunos estadistas, observan los acontecimientos cotidianos con un creciente sentimiento de impotencia y bochorno.

Ambas partes están conscientes de hallarse inmersas en las postrimerías del siglo xx, con sus espasmódicas convulsiones."

Para empeorar las cosas, nos encontramos con la bruma semántica que oculta la realidad bajo conceptos tales como "enfrentamiento este-oeste", "coexistencia pacífica", "democracia", "eurocomunismo", "teología de la liberación", "autodeterminación", "imperialismo", y tantos más.

Pero la historia, teniendo al hombre como actor indisolublemente unido al espacio y al tiempo, impone sus leyes.

Existen tantos textos históricos que muestran a sus autores carentes de una visión global.

Pero ¿cómo podrían haberla adquirido en una generación a la que le han faltado los medios intelectuales y la sensibilidad imaginativa precisa, para analizar y rehacer el mundo en términos globales?

La historia, con el espacio mediante, simplemente no la hemos tenido en nuestra sangre.

La concepción histórica en su relación con el destino del hombre y su entorno físico, ha seguido siendo ligera.

Fue enseñada, durante demasiado tiempo por hombres que no lograban entender que la historia, en su relación con el hombre, el espacio y el tiempo, es política. La política es destino y ha estado dirigida y enseñada también durante demasiado tiempo por hombres que no lograron, y muchos aún no han logrado, comprender que los espacios marítimos y terrestres son, igualmente, destino. De hecho, la historia de nuestro tiempo, que implica una estrecha relación con la estrategia política, se ha moldeado en una escuela de pensamiento que ha omitido la máxima de Napoleón, de que "la geografía gobierna la política de las naciones".

Los hombres que hacen la historia revelan en sus escritos que piensan espontáneamente en términos globales, y éste es el secreto de su grandeza.

En el tiempo en que vivimos, el misterio ha envuelto con frecuencia las ideas que se han supuesto nuevas, en especial las que se han expresado en términos poco familiares, con palabras ambiguas y difusas. Cuanto más oscuro es el significado, más aguda arma es la palabra; porque las palabras, como las ideas, son armas. La importancia de este simple hecho psicológico en el proceso de formación de la conciencia nacional ha sido descuidada por los historiadores.

Nos resulta fácil criticar; nos desagrada ser criticados.

Pues bien, en todo lo anterior hemos planteado un pensamiento crítico en la metodología de la enseñanza de la historia.

Ahora, nosotros deseamos exponernos a la crítica de un lector hipercrítico: el lector naval.

Le plantearemos, muy brevemente, dos temas para reflexionar.

El primero trata acerca de la "Historia contemporánea", el segundo, acerca de las escuelas históricas.

Respecto al primero, la expresión "Historia contemporánea" implica una contradicción. La historia observa y se refiere al pasado; su propósito está desvinculado temporalmente de lo actual. Cabe el uso de la palabra "contemporáneo", en sentido estricto, a nuestro tiempo, al que hemos y estamos viviendo, o recordando como autores del acontecimiento que nos preocupa, o al lector a quien inicialmente se dirige. Todos los historiadores han hecho "historia contemporánea", porque, o recuerda los hechos, o posee de ellos noticias tan directas y cercanas que siente motivos para considerarlos ocurridos en "su tiempo". Aun así, no es factible que la acepción "contemporánea", pueda extenderse por un tiempo de más de una generación sin perder su estricto significado. Llamar contemporáneo a Metternich, Robespierre, Napoleón, Bismarck, Lloyd George, Clemenceau, no parece, a simple vista, sino un artificio retórico o un recurso simplemente técnico o convencional de los compartimentadores de la historia. En ese caso, la Historia contemporánea sería la historia del ayer inmediato—confundiéndose al historiador con el periodista— o, a lo sumo, lapso de nuestra generación; período, de todos modos, demasiado insignificante como para merecer, con todos los honores, la consideración de una "edad" histórica.

Por otro lado, el concepto "contemporáneo" es subjetivo, es decir, relativo. Los hechos son contemporáneos para aquel que los vive, no para quienes vienen después. Cada hecho fue "contemporáneo" de determinada generación, para dejar de serlo respecto de las generaciones siguientes. Aceptar como etapa una Edad contemporánea impondría—impondrá, acaso—un sucesivo desplazamiento de límites, a ir cediendo tiempos a la "edad" precedente, en tanto se ganan, por el extremo opuesto, nuevos tiempos, es decir, nuevas actualidades tomadas del futuro.

De aquí los gravísimos inconvenientes metodológicos que siempre ha tenido, entre los estudiosos rigurosos, la aceptación de los términos "Edad" o "Historia contemporánea", las discrepancias de su punto de partida y también los intentos fallidos de objetivación. Desde aquellos que prolongan los conceptos de "edad" o "era", hasta nuestros días.

O bien, los que utilizan el recurso menos elegante, pero absolutamente seguro, de tomar o considerar como fundamento el tiempo cronológico: "Los orígenes geopolíticos de la Gran Guerra"; "Los estadistas y los hombres de Estado en la Historia de América". Con todo, el nada cómodo epígrafe de Historia o Edad contemporánea conquista cada vez más posiciones entre los estudiosos, hasta en los menos propicios. Nació un día en la mente jacobina que pretendió revolucionar al mundo con la imposición de una nueva juridicidad, una nueva sociedad, una nueva filosofía de la vida, un nuevo ropaje para los hombres nuevos, es decir, todo radicalmente nuevo, y que quiso hasta imponer también el concepto de una Nueva Edad.

Y este concepto triunfó espectacularmente entre los galos, en los países latinos de Europa y América, en fin, en el mundo civilizado occidental. Es así, decíamos, una palabra nada cómoda, pero tremendamente sugestiva.

La propaganda liberal decimonónica la difundiría en triunfo, como símbolo de nuevos y gloriosos tiempos.

La sugestión llegó a ser tan abrumadora, que parecía como si el historiador hubiese olvidado que lo contemporáneo —para él—dejaría un día de serlo.

El siglo XX ha sido testigo del intento de prescindir, metodológicamente, de ella; intento del todo fracasado, y que, en todo caso, a la vista de los resultados, ha sido contraproducente.

De manera que es preciso aceptar, por motivos de costumbre, de convención, de claridad expositiva incluso, el título de Historia contemporánea a lo acaecido a partir de un día de julio de 1789.

Hay que deslindar claramente el rol de dicha Revolución como tránsito, al precisar los conceptos de antiguo y Nuevo Régimen. Bajo estas etiquetas quedaron encerrados, no ya dos sistemas políticos sino también dos estructuras socioeconómicas, dos proyecciones culturales, dos maneras de pensar, dos formas diferentes de entender la vida. Decir Antiguo Régimen es decir monarquía absoluta, paternalista y tradicionalista; pero también es decir ordenamiento estamental de la sociedad, economía estatista y dirigida, instituciones rígidas e inamovibles, respeto a la tradición como un depósito sagrado, sentido de fidelidad, de orden, de equilibrio. Ese hombre está absolutamente seguro de aquello en que cree: Dios, el monarca, el orden social, los valores éticos y estéticos. De esta seguridad nace su sentido trascendente de la existencia del hombre sobre la Tierra, y de su misión en ella, su creencia en lo absoluto, su respeto sagrado a las formas establecidas, su serenidad ante la vida y ante la muerte. La Revolución supone, en cambio, el quiebre cruento con todo aquel orden de cosas, y se presencia la búsqueda febril, y nunca del todo feliz, de un orden nuevo. Se tanea

hallar nuevos horizontes sin que ninguno de ellos resulte ser definitivo. El mundo vive en una ininterrumpida transformación. Todo cambia de la manera más insólita: los sistemas políticos, las teorías filosóficas, las costumbres. Cada cosa nueva queda vieja demasiado pronto. El progreso —que en algunos casos significa avance, en otros solamente mutación— se desarrolla a una velocidad increíble. Se ha pasado de la serenidad y prudencia del *homo sapiens* a la del frío y material *homo faber*.

La "actualidad" de la historia de nuestros tiempos es también la señal del gran interés que su estudio despierta en el hombre de estos tiempos. Es posible que nunca los hombres se hayan preocupado tanto por la historia como en estos años postreros del siglo xx. Pensadores, hombres de armas, estadistas, ideólogos, han rendido homenaje a este interés por lo histórico en nuestros días. Abundan en el mundo occidental las obras dedicadas a temas de historia, y no solamente las destinadas a los historiadores, sino las que se escriben para el hombre común.

Este interés por el pasado no es sino la consecuencia del deseo de conocernos mejor, de comprendernos mejor a nosotros mismos. Pero, ¿quiénes somos nosotros? Somos aquellos que vivimos años decisivos, y necesitamos alcanzar al origen de nuestros problemas para discutirlos y darlos a conocer al resto con plena conciencia y tratar de hallarles solución con la mayor claridad de pensamiento.

Aquello que nos ciega con sus urgencias, sean las formas políticas, la problemática social, las ventajas y riesgos de la tecnología, la evolución del pensamiento, los grandes conflictos bélicos, la materialización de la fe religiosa, aquello que nos inquieta y nos conmueve, es lo que nos impele a plantearle preguntas a la historia

¿Cuánto podríamos reflexionar acerca del hombre, como actor histórico "contemporáneo"?

Demasiado.

Pero creemos que basta, por ahora, con dar a conocer estas inquietudes.

Respecto a la segunda parte de este ensayo, ¿qué opinan ustedes acerca de la clásica división que hacen los historiadores sobre la historia?

Existen, y han existido, fuertes matices de interpretación. Es lo que algunos denominamos como "escuelas históricas".

Algunos han enfatizado que el desarrollo de la Humanidad ha radicado en la intervención de la Divina Providencia, y han concebido el desarrollo humano como una parte del cumplimiento de los designios divinos que deberían abarcar a todo el Universo. Creemos que el principal escollo de esta interpretación religiosa se basa en el hecho que la voluntad de Dios es incognoscible para la humilde experiencia del hombre.

Una segunda escuela es la "política". Los gobernantes, los estadistas, los hombres de armas, han sido considerados por ella como los vectores decisivos de la historia, y por eso no nos sorprende hallar textos de historia atiborrados de nombres, lugares, fechas y acontecimientos. Todo escrito como si fuera un catálogo de publicidad comercial.

Esta escuela falla por su estrecho panorama del problema: exagera la importancia relativa entre gobernantes y gobernados que se da a la política en la conformación y sustancia de sus propias vidas.

Sin embargo, hay que tener presente que la naturaleza y problemas humanos son mucho más complejos que la política. Esta es solamente un curso de acción entre otros

varios, y no siempre el más profundo. Otra escuela es la "heroica"; está muy unida a la anterior, puesto que la enorme mayoría de los héroes de la historia universal han sido los mejores entre los hombres más notables de las naciones, hayan vestido uniforme o de civil. Pero, también tiene "un lado débil", que consiste en su exagerada insistencia en el rol del individuo, a costas de circunstancias culturales, religiosas, sociales, económicas de una extensión bastante mayor, circunstancias que conforman la base imprescindible que da significación a todo liderazgo.

Siendo evidente que los líderes conforman; a los acontecimientos, es evidente también que los acontecimientos conforman, a su vez, a los líderes.

La cuarta escuela es aquella que se fundamenta en la importancia del factor "ideal". Hegel, por ejemplo, concibió las ideas como uno de los elementos principales de la causalidad histórica; las condiciones sociales, económicas, militares y tecnológicas fueron consideradas como esencialmente derivadas de las grandes ideas motivadoras, como efectos de éstas.

Aunque esta escuela contiene una parte de verdad olvida que las ideas no solamente son generadoras de hechos sino que también los reflejan. Y aislar las ideas como el factor de la acción humana significa dejar de lado la estructura de las circunstancias reales.

No debemos olvidar que, después de todo, son las circunstancias las que hacen posible algunas ideas e imposibles otras, y son las circunstancias las que dan a las ideas su fortaleza y su importancia práctica.

La quinta escuela es aquella en que la historia ha sido analizada mediante el prisma de la guerra. El acontecer bélico ha estado presente en toda la existencia humana; el nacimiento, auge y ocaso de imperios y naciones han estado en demasiadas ocasiones unidos directamente con la guerra. La debilidad de la interpretación bélica de la historia se fundamenta, a nuestro juicio, en su incapacidad para ver el hecho bélico como el resultado del uso de la fuerza, antes que como su causa. Si la guerra ha sido un hito decisivo en la historia de las naciones, su dramatismo no ha de hacernos olvidar la gama de elementos psicológicos, ideológicos y materiales que conducen a la guerra y contribuyen a su complejidad.

Para finalizar este ensayo, creemos oportuno y necesario sintetizar todo lo anterior en un ejemplo que hemos tenido presente en nuestra mente en todo instante al escribir estas líneas: "El hundimiento de la *Esmeralda*", pintado por Thomas Somerscales. Cuadro enorme en sus medidas físicas, con centenares de detalles perfectamente enlazados y que proporcionan al observador una imagen completa de la épica batalla. Dependiendo del ángulo de observación, luz ambiental y distancia, iremos adquiriendo visiones parciales para terminar en una global. Pero, tras la tela, material y fría, nos parece, revivido en ése instante, un acontecimiento considerado como "contemporáneo". Es, por decirlo de otra manera, ser testigos presenciales de un hecho que abarca, con sus claros y oscuros, todos los matices históricos que ya hemos mencionado, y que allí aparecen en el lenguaje de la imagen, del gesto, del dolor, sacrificio, lealtad, Patria, Dios y familia.

Trasciende al observador que en esa tela hay un trozo de la historia de Chile, tan inmensamente importante que aun no dando inicio a una "era" o "edad" histórica, sus consecuencias están y seguirán estando vigentes para todos los chilenos y para su Armada Nacional.